

investigación: son los datos los que verifican o falsean las hipótesis de trabajo. Por ello, desconfía –a pesar de las modas– de las aproximaciones oportunistas que se hacen desde perspectivas (para)filológicas: el sociologismo, el relativismo que propugnan diversas tendencias post-estructuralistas que, frecuentemente, responden a intuiciones brillantes para la ocasión, pero indemostradas, no contrastadas. Y es que, al fin y al cabo, son los datos –Gómez es muy consciente de ello–, las presencias constantes que han de guiar el trabajo del filólogo. A su manera, los datos son una verdadera “figura del donaire” que contrastan con las “acciones” del investigador: “una sombra” que vigila “lealmente”, pero de forma subordinada, los movimientos del personaje principal.

SANTIAGO U. SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Universidad Autónoma de Madrid

LIDIA GUTIÉRREZ ARRANZ, *El universo mitológico en las fábulas de Villamediana. Guía de lectura*. Reichenberger, Kassel, 2001; xii + 220 pp. (*Estudios de Literatura*, 65.)

Vossler señaló, y Blecua confirma, la carencia de ediciones recientes, completas y acompañadas de un aparato crítico pertinente de algunos escritores importantes de los Siglos de Oro, pues las que se tienen a la mano están plagadas de errores que han arrastrado edición tras edición y que han provocado interpretaciones inexactas del texto. Atendiendo a esta necesidad, después de dos décadas de olvido relativo en que la academia tuvo al conde de Villamediana, pareciera que los noventa fueron años favorables para mantener vigente al poeta español. José Francisco Ruiz Casanova publicó la *Poesía impresa completa* (Cátedra, Madrid, 1990) y *Poesía inédita completa* (Cátedra, Madrid, 1994), cinco años después, Lidia Gutiérrez edita *Las fábulas mitológicas* (Reichenberger, Kassel) y, en 2001, una guía de lectura para estas fábulas.

El estudio de Lidia Gutiérrez se dedica a cuatro fábulas mitológicas (*Faetón, Apolo y Dafne, Europa y Fénix*), mientras que en la edición de José Francisco Ruiz sólo aparecen tres. Según este autor –a quien Gutiérrez cita– la *Fábula de Europa* es una “versión traducida, aunque bastante libre, de la *Europa* de Marino”, pero ella opina que el editor se vio “arrastrado por el peso de la comparación entre Marino y Villamediana”; al referirse a la crítica de la fábula agrega que es un texto mal entendido y mal tratado debido a su naturaleza imitativa, lo que demuestra la “necesidad de un estudio pormenorizado que merecen estas fábulas”. Siendo así, el lector esperaría una discusión convincente.

te sobre la originalidad de la fábula o una justificación pertinente que indique por qué se incluye su estudio en el libro, sin embargo, fuera de un par de notas a pie de página –todas de referencia– y algunas sobre la *imitatio* no hay mayor trabajo crítico. Este es uno de los desaciertos mayores del libro. Con ciento cuarenta referencias bibliográficas que abarcan trescientos años uno pensaría que cualquier estudioso tiene elementos bastantes y sobrados para reafirmar, confrontar, discutir o desmentir datos, pero en este caso no ocurre jamás.

José Francisco Ruiz también señala que desde 1629 dentro del *corpus* de cinco fábulas atribuidas al conde, dos comparten el mismo tema mitológico: el amor de Apolo hacia Dafne. En el estudio de Lidia Gutiérrez esta información no se menciona –lo cual resulta desconcertante, pues en la bibliografía aparece la introducción de Ruiz e incluso los artículos eruditos de J. M. Rozas en que aquél se basa para afirmar que una de estas fábulas es auténtica de Villamediana y la otra, de Collado del Hierro–, la autora no proporciona más información ni argumenta en pro o en contra de los criterios editoriales de sus antecesores. Quizá porque no era ésta su intención.

Las páginas introductorias de esta guía de lectura son ilustrativas. La autora explica por qué piensa que las fábulas de Villamediana casi constituyen un subgénero poético, subraya el procedimiento de la *imitatio* y el papel que desempeña en la tradición. En los capítulos siguientes, uno dedicado a cada fábula, abre varias rutas de análisis que van de lo estilístico a lo lingüístico –sin tratar de imponer en ningún momento sus puntos de vista. Es más bien cautelosa cuando se trata de interpretar, por eso no parece que en su libro haya aportes considerables para la mejor comprensión de la obra; como ya dije, prescinde de datos relevantes que contribuirían a sentar las bases de una nueva visión de la poesía de Villamediana o claves para descifrar las fábulas, o al menos de alguno de sus versos. Por otro lado, indica cuáles son los rasgos característicos de las fábulas y la actitud literaria del poeta frente al mito; apoyando sus afirmaciones en textos de naturaleza teórica del siglo xvii y anteriores, como los de Alonso López Pinciano y Juan Pérez Moya. Para todas las fábulas opera de la misma manera: una pequeña introducción abre el análisis, cuyo contenido se anticipa en el subtítulo que acompaña a cada fábula; luego vienen los cometarios generales a la poesía (forma y contenido) seguidos de un sistemático análisis descriptivo de su estructura temática estrofa por estrofa, indicando, al mismo tiempo, su función discursiva, y se concluye con sucintos comentarios historiográficos, sin grandes aportes críticos, porque nunca se sabe si la autora está o no de acuerdo con lo que piensan los demás acerca del poema tratado. Si la intención era buscar la objetividad y no coartar la interpretación libre de quien consulte su guía de lectura, situar los comentarios críticos en su realidad histórica quizás ayudaría a tomarlos como información susceptible de

ulteriores disquisiciones, aunque no se llegue a conocer claramente el punto de vista de la autora.

Por una parte, establecer el proceso, el procedimiento y los motivos que ponen en relación personajes, elementos y mitos dentro de las fábulas es uno de los fines de este estudio; por otra, exponer la intencionalidad del autor a partir de la elaboración del verso y las elecciones léxicas, gramaticales y sintácticas que consolidan la estructura de cada fábula. El desmenuzamiento de los poemas es muy esquemático: más que una sinopsis es una descripción puntual y detallada de los elementos discursivos y narrativos que constituyen las fábulas, es decir, cuáles estrofas corresponden a la introducción, dedicatoria, *captatio benevolentiae* y luego divide y subdivide los diferentes momentos de la narración. La autora identifica elementos principales y secundarios cuyas funciones e interrelaciones va revelando poco a poco. Sin embargo, a pesar de que indica dónde se puede encontrar información importante sobre Villamediana y su obra, no la hace explícita en su texto. No era su intención confrontar la poesía de este escritor con la de sus contemporáneos, sino verla como objeto independiente, valioso en sí mismo. Para concluir el estudio de cada fábula se hacen referencias a juicios críticos, en especial a los primeros comentarios que surgieron inmediatamente después de la publicación de las fábulas –las opiniones de Góngora, por ejemplo–, pero la autora se limita a indicar brevemente la fortuna crítica de los textos, sin presentar una valoración o poner en tela de juicio la visión de los comentadores, como ya indiqué.

El último capítulo, más afortunado, presenta breves comentarios sobre los personajes de las fábulas y una serie de razonamientos para afirmar que este tipo de poemas configuran un subgénero en la obra de Villamediana. Sobre todo, la autora está interesada en dejar claro –aunque no lo logra del todo– cómo se crea el universo mitológico y cuáles son los usos esenciales del mito. Al final, la conclusión es que “Villamediana participa de la estética de su tiempo a partir de un estilo personal que aglutina las fábulas en sistemas de relaciones recurrentes entre ellas”; aunque argumentos poco consistentes e incluso repetitivos u obvios son el sustento de afirmaciones como “la actitud poética de Villamediana en las fábulas es lúdica” o “Las características comunes tanto formales como técnicas de las cuatro composiciones, y la actitud estética que las anima, las diferencia del resto de la producción poética de Juan de Tasis, identificándolas como subgénero”.

Para los interesados, resulta muy útil la bibliografía sugerida (que abarca de 1609 a 1999), compuesta tanto de textos recientes y artículos en revistas especializadas como de material de archivo. En el apéndice la autora elabora cuadros minuciosos de elementos mitológicos y sus diferentes enunciaciones en las fábulas, cuyo objetivo es observar en detalle la técnica de composición, la estrategia estética del poeta y, de

acuerdo con la autora, “facilitar la consulta de referencias en poemas tan extensos y ofrecer una propuesta de sistematización de datos en un ámbito, el de la poesía mitológica, todavía tan poco estudiado”.

Con mucha sencillez y poca omnisciencia, Lidia Gutiérrez ofrece un análisis descriptivo de las fábulas y sus mitos. Como señala el subtítulo, se trata de una guía de lectura o, mejor dicho, una somera introducción a cuatro textos atribuidos a Villamediana, carente de exhaustivos datos biográficos e históricos. No se trata de un riguroso estudio crítico, sino de un análisis más bien descriptivo en una muy bonita edición, tal vez dirigida a un público curioso y neófito en los estudios de la literatura de los Siglos de Oro.

FERNANDO IBARRA
El Colegio de México

JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *El acomodado don Domingo de Don Blas. Segunda parte*. Estudio y edición de Germán Vega García-Luengos. Universidad Autónoma Metropolitana-Reichenberger, Kassel, 2002; 199 pp. (*Teatro del Siglo de Oro. Ediciones Críticas*, 116).

Ocho años después de anunciar el hallazgo de treinta comedias sueltas en la Biblioteca Nacional de Madrid, Germán Vega publica una de ellas. Ni ésta ni su predecesora, *No hay mal que por bien no venga* (también conocida como *Don Domingo de Don Blas*), están incluidas en las veinte comedias de las dos partes (1628 y 1634) publicadas en vida del dramaturgo.

La edición tiene el propósito explícito de estudiar cómo se relaciona la comedia en el universo de formas e ideas alarconianas. Esto no sería estrictamente necesario salvo por dos particularidades: aparte de la exclusión mencionada en el párrafo anterior, sucede que la suelta adjudica la autoría de la comedia a “Don Iuan Rodriguez de Alarcon, y Mendoça”. En este caso, el uso del “[sic]” sería tan necesario como contundente, pero Germán Vega aprovecha estas dos contingencias y se asegura de borrar toda duda respecto a la adscripción alarconiana de *El acomodado* mediante el análisis artístico e ideológico de la comedia.

El análisis refleja la correlación entre los principales motivos y temas de la obra de Alarcón y la comedia editada, como la particular relación entre amo y criado (de la cual don García y Tristán, de *La verdad sospechosa*, serían un buen ejemplo), la crítica de usos y costumbres, la visión satírica del mundo y los comentarios críticos a integrantes de grupos literarios. Don Domingo de don Blas encarna así al personaje típico alarconiano.